

Der rote Drache Fu

Ursel Scheffler · Jutta Timm



Fu,
el dragón rojo

Un cuento de Ursel Scheffler
ilustrado por Jutta Timm
traducido por Katja Scheffler, Madrid



1

La princesa testaruda

Ya es hora de que encontremos un marido para la princesa", suspiró el viejo rey.

Ya era hora", dijo el primer ministro, que también suspiró.

Ya era hora", dijo el segundo ministro.

Debemos hacer algo urgentemente", dijo el tercer ministro.

Pero, ¿quién los querrá?", murmuró el rey apenado.



2

„Es bonita", dijo el primer ministro.

„Es inteligente", dijo el segundo ministro.

„Ya es mayor", dijo el tercer ministro.

“Pero es testaruda, obstinada y de mal genio. Ayer tiró su zapatilla de plata a la araña porque el profesor de matemáticas no le creyó que tres por tres son diez. Y en el almuerzo lanzó el plato de espinacas a través de los cristales de la ventana del comedor hacia el jardín de rosas".

“Debemos encontrarle un príncipe fuerte y valiente", dijo el primer ministro.

"Uno que puede hacer frente a sus caprichos", refunfuñó el segundo.

"Uno que no deje que la princesa le pase por encima", añadió el tercer ministro.

“Pero, ¿cómo encontrar a ese príncipe? Nadie de los reinos vecinos la quiere. Después de todo, ¡su rugido furioso puede

oírse incluso más allá de las fronteras del país!"



3

El rey miró con tristeza hacia delante.

En silencio, se reprochó a sí mismo haber mimado tanto a su único hijo. No podía saber lo que hacía cuando, tras la muerte de la reina, colmó de amor al niño y le concedió todos sus deseos.

Los tres ministros se miraron pensativos. "Antiguamente, los hombres valientes eran desafiados con una hazaña", dijo el primer ministro. "Les hicieron luchar contra leones salvajes y dragones que escupen fuego", dijo el segundo ministro.

"¡Eso es! Se les atrajo con una prueba de valor hasta que estaban tan ansiosos por completar la aventura que no les importaba con quién tenían que casarse después", dijo el tercer ministro.



4

"Hmmm", refunfuñó el rey, apoyando pensativamente su barbudo mentón en el puño. "Eso podría ser una posibilidad. ¿Pero de dónde vamos a sacar un león salvaje o un dragón que respire fuego tan rápido?" "¿No vive algo parecido a un dragón allá arriba en las montañas?", preguntó el primer ministro.

Ya era muy mayor y recordaba que su bisabuela se lo había contado cuando era muy pequeño.

"Así es. El dragón Fu", recordó el segundo ministro.



5

"El dragón rojo Fu", añadió el tercer ministro.

"El terrible dragón rojo Fu", dijo el primer ministro.

"El terrible dragón rojo Fu de las siete colas", añadió el segundo ministro con entusiasmo.

"El terrible dragón rojo Fu con las siete colas y las nueve cabezas que escupen fuego", aclamó el tercer ministro.

"Atraerá a los valientes príncipes de cerca y de lejos como un imán."

"El terrible dragón rojo Fu ... Me estremezco sólo con oírte hablar de ello", dijo el rey y se le puso la piel de gallina bajo su capa púrpura.



6

El decreto del rey

A la mañana siguiente, los trompeteros de las trescientas sesenta y cinco torres del castillo hicieron sonar las fanfarrias y todos los súbditos se precipitaron curiosamente hacia el palacio. El rey apareció en el balcón y anunció:

"¡Queridos súbditos!

El terrible dragón rojo Fu con las siete colas y las nueve cabezas que escupen fuego, que habita en lo alto de las montañas, amenaza nuestra tierra. El valiente que lo derrote tendrá la mano de la princesa y será rey después de mí".

Entonces, los trescientos sesenta y cinco trompeteros salieron como heraldos por todo el mundo para difundir el mensaje del rey más allá de las fronteras del país.

La noticia corrió como la pólvora de boca en boca. Y día a día el dragón se volvía más peligroso. Se dice que tiene dientes tan afilados como las puntas de una espada y garras como dagas.

Un aliento que olía a azufre y una impenetrable coraza de cobre. Parecía casi imposible que alguien fuera lo suficientemente valiente como para enfrentarse a este monstruo.



7

Pero entonces llegaron de inmediato siete príncipes de los reinos vecinos.

La princesa arrugó la nariz.

No le gustaba ninguno de ellos. Ninguno de los cuarenta y nueve caballeros que vinieron de todo el mundo la complació tampoco. Pero esta vez el viejo rey no quiso atender a razones.

“Yo soy el rey. Y soy fiel a mi palabra. ¡Si no te casas con el valiente vencedor, él tendrá el reino sin ti!”

"¿Y qué hay de mí?", preguntó la princesa con sorna.
"Puedes pastorear ovejas o cerdos", dijo el rey enfadado.



8

Entonces la princesa se puso roja, salió corriendo de la sala del trono y cerró la puerta tras de sí con tanta fuerza que los espejos temblaron.

El rey, sin embargo, ya no temblaba. Se alegró de que a sus ministros se les ocurriera la idea del dragón.

Un hombre valiente e intrépido, eso era lo que se necesitaba por el bien del reino y de la princesa.

Una preocupación seguía atormentando al rey:

¿Y si el dragón Fu ya no existiera? ¿Y si no era tan peligroso como él y sus ministros habían dicho al pueblo?



Sin embargo, parece que ocurre lo contrario. Uno tras otro, los valientes caballeros y príncipes cabalaron por las montañas hasta la cueva del terrible dragón... ¡y ninguno regresó! Hubo lamentos y lamentaciones en el reino. Todos lamentaron la suerte de los valientes. Excepto la princesa. "Así me libero de ellos", pensó, "y no tengo que casarme con ninguno".



9

El príncipe chino

Pasó un año. El rey había envejecido y encanecido de pena. Ya había perdido la esperanza de que la princesa encontrara un marido. Entonces se informó de un príncipe chino.

„Muy bien, si te atreves“ -dijo el viejo rey con tristeza-. Sintió pena por el valiente joven.

“Lo haré”, dijo el príncipe con alegría. Dijo que en su casa, en su palacio, había jugado con los dragones de palacio desde que era un niño, pero que no eran mucho más grandes que los perros de caza.

“Pero el tamaño no es importante. Lo importante es que conozcas los almas des dragones”, dijo el príncipe.



10

¿Los armas?", preguntó el rey, que ya había perdido el oído.

"No, el alma", mejoró el príncipe. Se acercó a la ventana y miró pensativo hacia el mar. "Por eso debo pedirte que nos dejes a mí y a mi siervo Wang pasar la noche en la posada hasta que llegue el día y la hora.

"¿El día y la hora?", se preguntó la princesa, que encontró al príncipe inusualmente amable.

"La hora favorable para la batalla con el dragón", dijo el príncipe misteriosamente.



11

La princesa le miró con los ojos amorosos. No sólo era valiente, también era guapo, además era inteligente, educado y cortés.

Se sorprendió a sí misma deseando que este príncipe fuera a la aventura con el dragón.

El rey dijo:

"No dormirás en la posada, mi príncipe. Vivirás con tu criado en mi casa de verano junto al mar".



Ha llegado el momento

Todas las mañanas, cuando salía el sol, la princesa corría descalza al balcón de su habitación para ver si el príncipe seguía allí.

Porque suele pasear por la playa a primera hora de la mañana, observando el viento, las olas y las nubes.

Una mañana, el cielo se llenó de oscuras nubes de tormenta.

“Es la hora, querido Wang”, gritó el príncipe con alegría.

“¡Ensilla nuestros caballos!”

Cuando pasó por delante del palacio con su criado, la princesa se asomó a la ventana y llamó:

“¡No vas a salir ahora, con este tiempo!”



13

“¡No voy a dar un paseo! Voy a luchar contra el dragón”, gritó el príncipe y puso espuelas a su caballo.

En ese momento, un relámpago cruzó el cielo y un violento trueno le siguió. La princesa cerró rápidamente la ventana y se escondió en su cama para que sólo se viera la punta de su nariz. Le aterrizaron las tormentas eléctricas.



14

El Mariscal de la Corte está celoso

El Mariscal de la corte, que ya había depositado secretamente sus esperanzas en la corona si la princesa no encontraba marido, se situó un piso más abajo, junto al rey, en la ventana, y refunfuñó:

"¡No tengo piedad de él! Ha tenido tiempo suficiente para derrotar al dragón con buen tiempo. Pero era demasiado cobarde para hacerlo. En su lugar, se tomó unas vacaciones a costa del Estado en la casa real de verano. No tenía ninguna prisa en pasar su hazaña".

"Viene de muy lejos y piensa de forma diferente a nosotros", tranquilizó el rey a su confidente.

"Puede ser, puede no ser. Quién sabe si es siquiera un príncipe", dijo el jefe de la corte a regañadientes.

"Príncipe o no, qué importa", suspiró el rey. "Lo principal es que pueda lidiar con el dragón - y con la princesa".



15

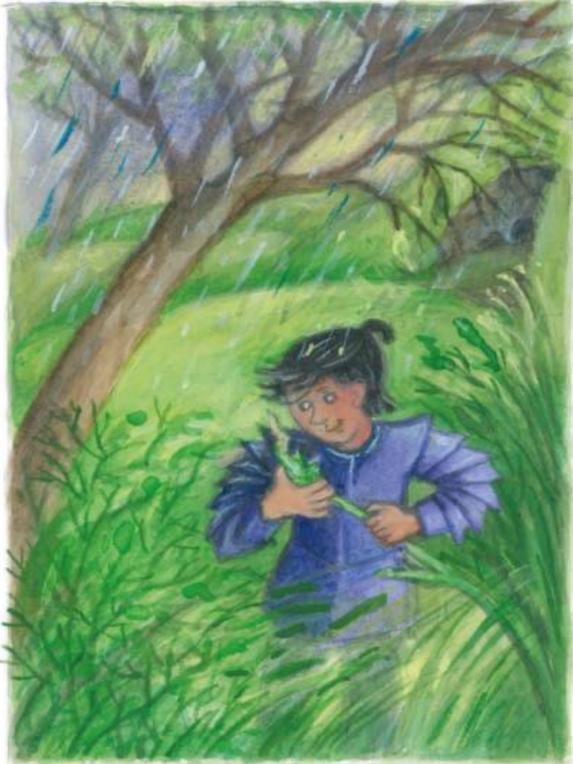
La tormenta eléctrica

Mientras tanto, el príncipe atravesó la tormenta con su sirviente Wang. La lluvia tamborilea sobre sus armaduras. Cada vez que el rayo se movía, también lo hacía Wang.

"El metal atrae al rayo. Si un rayo cae sobre nuestra armadura, ¿qué pasará?", preguntó ansioso el normalmente intrépido Wang.

El príncipe no conocía el miedo a los truenos, los relámpagos o las tormentas. Cabalgó directamente hacia la guarida del dragón, confiado en su plan.

"¡Todo irá bien!", tranquilizó a su compañero.



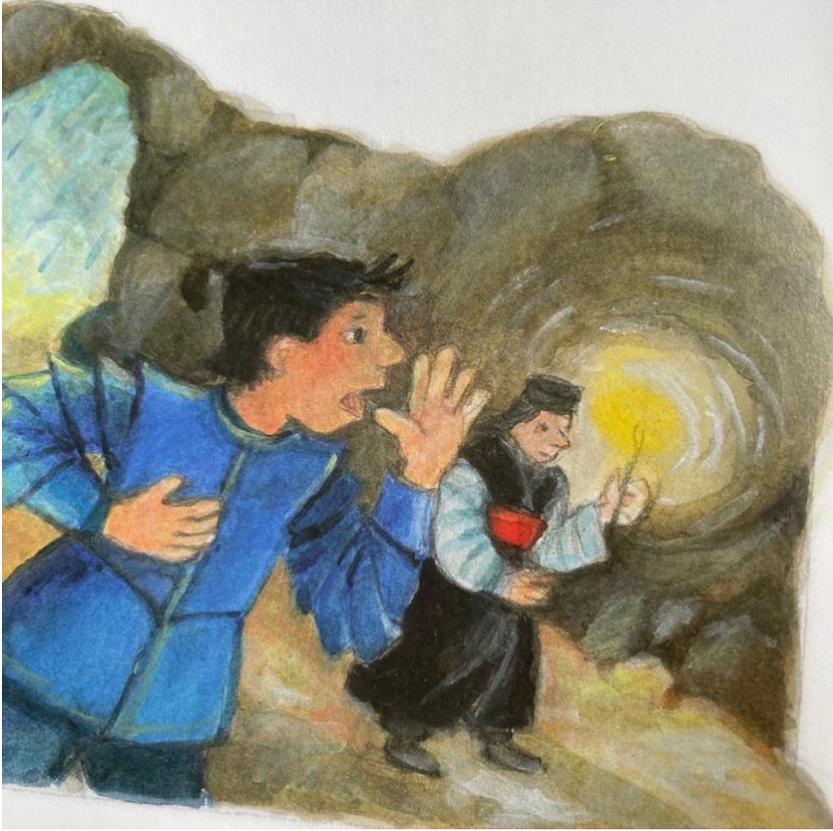
15a

El príncipe miró con atención a su alrededor. Se fijó en las ramas mordisqueadas alrededor de la cueva y dijo:

"¡Extraño! Obviamente es un herbívoro. Pero, ¿qué ha hecho a los hombres que subieron a la montaña antes que nosotros?

En realidad, deberíamos tropezar con los restos de 7 príncipes y 49 caballeros muertos si no se los comiera vivos. "

"Quizá sea más peligroso de lo que pensamos", reflexionó Wang.



16

El dragón rojo Fu

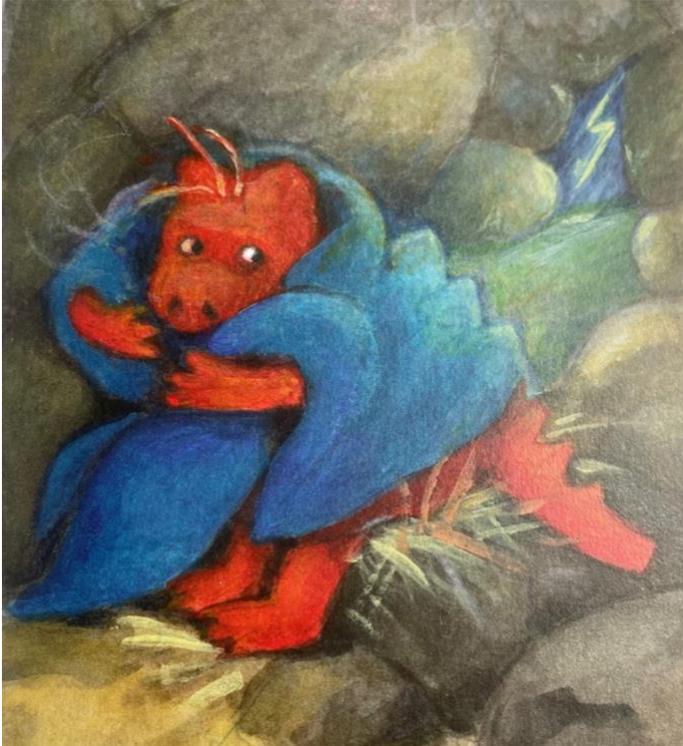
"¡Enciende la antorcha!", le pidió el príncipe a su compañero mientras estaban fuera de la cueva. Luego, con cautela, dio unos pasos dentro de la cueva y gritó: "¡Hola! ¿Hay alguien ahí?".

No se ha movido nada. El príncipe y Wang se adentraron cada vez más en la cueva. A la luz de la antorcha, en lugar de cadáveres, descubrieron nabos mordisqueados, manzanas, zanahorias, patatas y una cabeza de col medio desfoliada en el suelo.

"Probablemente sea un gran dragón de la familia de los dinosaurios herbívoros", dijo el príncipe conocedor de dragones.

"Y tiene miedo de las tormentas eléctricas, al igual que nuestros dragones de palacio. Como ya has visto antes",

añadió su compañero. Debe estar escondido -dijo el príncipe, apartando el fardo de heno que bloqueaba el estrecho pasillo.



17

"¡Hola, Dragon Fu! ¿Dónde estás?", llamó el príncipe. Pero nada se movió. Finalmente, la cueva se ensanchó hasta convertirse en una sala más grande. En una esquina estaba sentada una cosita aullante y con colmillos. Se había envuelto en una manta y se había acurrucado en un lecho de paja. Buenas tardes. Perdona que te moleste, ¿podrías decirme dónde está el gran dragón Fu?", preguntó amablemente el príncipe.

"¿D-d-dragón Fu? ¡Ese soy yo!", respondió la bola temblorosa.

"¿Tienes miedo de la tormenta?", preguntó el príncipe.

"S-s-sí", confesó el pequeño dragón.

"Entonces, es una señal de que vienes de una antigua y noble familia de dragones", dijo el príncipe con satisfacción. Calma, la tormenta pasará en un momento".



18

Cuando el pequeño dragón salió vacilante de su manta, Wang dijo asombrado:

"¿Dónde están tus nueve cabezas?"

"Sólo tengo una cabeza", dijo Fu en voz baja.

"¿Y tus siete colas?", quiso saber Wang.

"Sólo tengo una cola, ¡y se me ha roto un poco porque se me ha atascado en la parte de atrás!"

"¿Y tu aliento de fuego?"

"Puedo vaporizar un poco con mi aliento cuando hace mucho frío en el exterior. Eso es todo", confesó Fu.

"¿Y por qué todo el mundo te tiene miedo?", preguntó el príncipe.

"Es porque la gente difunde esas mentiras sobre mí", se quejó el dragón.

"¿De verdad que sólo son mentiras?", inquirió el príncipe.

"Entonces, ¿a dónde se han ido todos los valientes que llegaron a tu cueva?"

Entonces el pequeño dragón comenzó a reírse. Sin embargo, un nuevo trueno fuera de la cueva le hizo estremecerse de nuevo inmediatamente después.

El príncipe se había sentado en una piedra para poder hablar mejor con el pequeño dragón. Antes de darse cuenta, el pequeño dragón, que en realidad no era mucho más grande que un perro, había saltado a su regazo.

Al siguiente trueno, se acurrucó con él para protegerse.



20

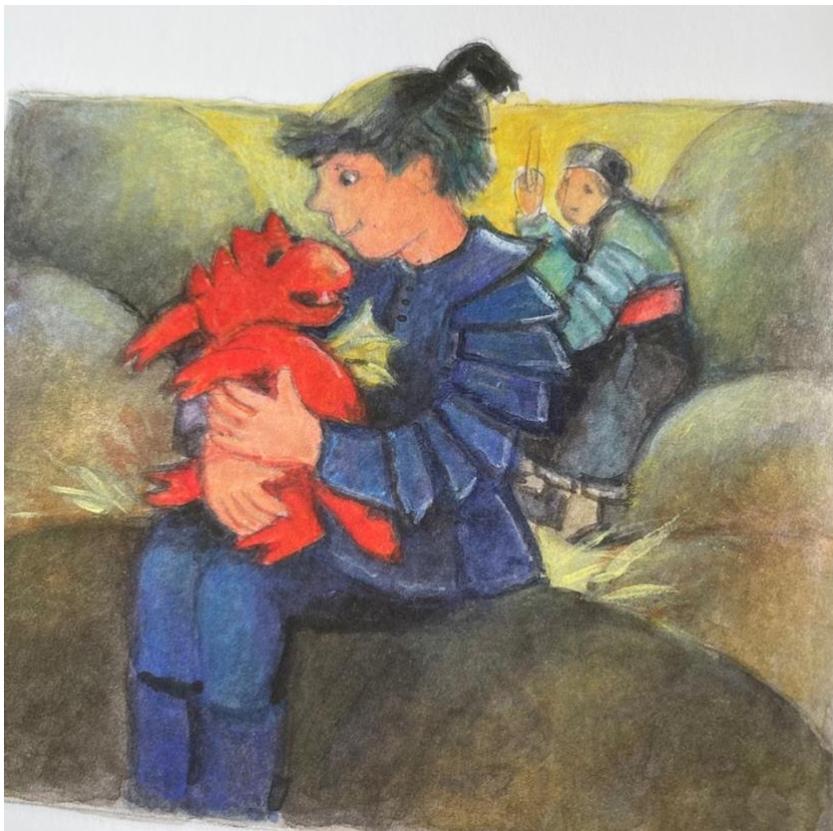
"No tienes que tener miedo", le tranquilizó el príncipe y le abrazó por detrás de las orejitas. "Es como la historia que la gente ha contado sobre ti:

Todo el mundo te tiene miedo, aunque no tiene por qué tenerlo. Y tampoco hay que tener miedo a la tormenta, cuando se está en la cueva".

"Pero dicen que..." comenzó el pequeño dragón.

"Lo sé, dicen que una vez un mago malvado hizo que los dragones tuvieran miedo de las tormentas eléctricas, ¡porque entonces tenía poder sobre ellos cuando tronaba! Pero todo eso es una tontería".

"Entonces seguro que ya no tengo que tener miedo?".



21

"Estoy seguro de que no lo harás", le aseguró el príncipe. ¡Pero ahora dime qué ha pasado con los valientes que vienen aquí!"

De repente, el miedo del pequeño dragón desapareció y se rió tan fuerte que su cara se llenó de mil arrugas.

"Los he salvado", dijo el dragón y soltó una risita de felicidad.

"¿Los salvó? ¿De qué?"

"¡Bueno, de parte de la princesa! Todo el mundo sabe que es terca, testaruda y de mal genio. Su rugido furioso llega hasta las montañas. A veces me despierta en mis sueños".

"¿Y les contaste todo esto a los valientes caballeros y príncipes?", preguntó el príncipe.

El pequeño dragón asintió con satisfacción. Y se alegraron de ello. Todos dijeron que con gusto se enfrentarían a un dragón salvaje, pero no a una mujer salvaje". El príncipe miró al dragón con incredulidad y dijo "Entonces, ¿dónde han desaparecido?" "Por la puerta trasera", dijo el dragón.

Saltó del regazo del príncipe, corrió hasta la esquina más alejada de la cueva, hizo rodar una enorme piedra sobre su costado con una fuerza asombrosa y señaló una salida secreta de la cueva: "¡Desde aquí están sobre las montañas!"

Increíble", se maravilló el príncipe.

Por desgracia, la última vez no presté atención y me enganché la cola cuando hice rodar la piedra hacia atrás", se quejó el pequeño dragón. "¡Tendré más cuidado cuando te deje salir!"

"No estoy seguro de querer salir " dijo el príncipe, pensativo.

"Quiero terminar esta aventura a mi manera. ¿Quieres ayudarme?"

"Me encantaría", respondió el pequeño dragón.



23

El príncipe y el dragón

Por la tarde, cuando el sol volvió a brillar, el príncipe bajó al valle con Wang y el dragón.

Por toda la ciudad la gente agitaba banderas y gritaba:

"¡Hurra! El valiente príncipe chino ha derrotado al terrible dragón Fu".



24

El príncipe cabalgó directamente hacia el palacio. Entró en la sala del trono

"¡Felicidades!", gritó el rey encantado. "Pero... ¿qué es lo que tienes en el brazo?"

"El terrible dragón Fu", dijo el príncipe, sonriendo.

"Bueno, no es muy grande", dijo el rey con dudas. "Pero tú lo has derrotado. Tendrás a la princesa por esposa y te convertirás en rey".



25

"Es un gran honor" - dijo el príncipe con una cortés reverencia-

"Le agradezco, pero preferiría..."

El viejo rey no le dejó decir ni una palabra. Con un suspiro de alivio

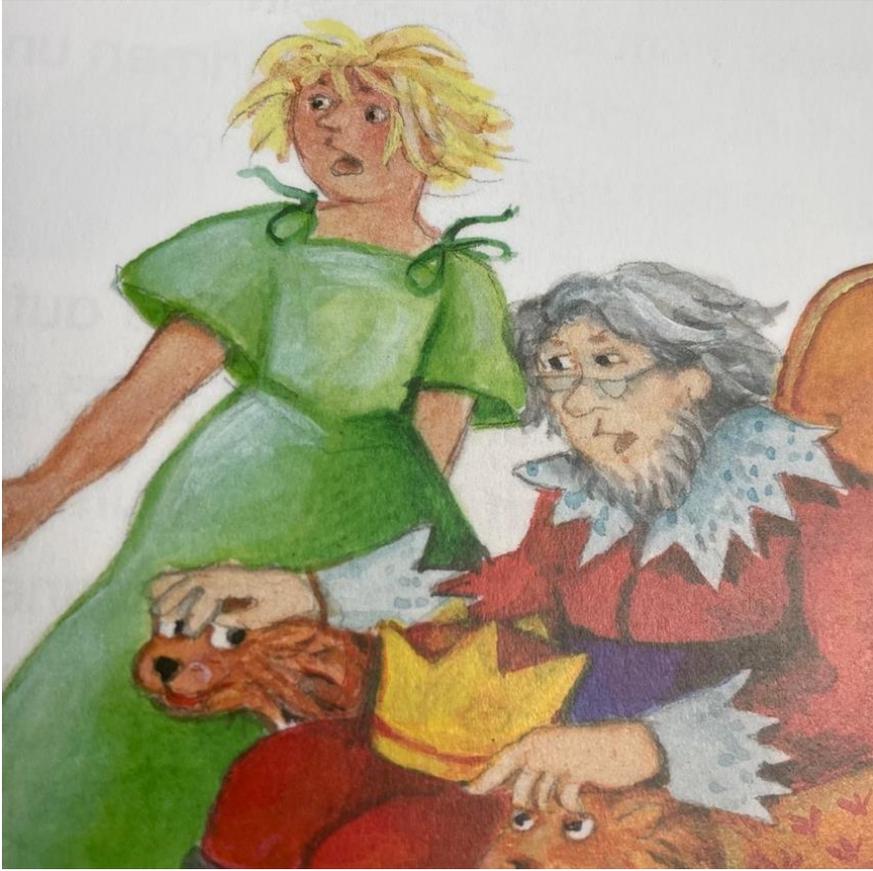
la pesada corona con un suspiro de alivio y dijo:

"¡Anuncio mi dimisión!"

Luego se dejó caer en la silla del trono con un suspiro de alivio.

Atrás quedaban años difíciles y dolorosos.

"Te doy las gracias", comenzó de nuevo el Príncipe. "Pero no puedo aceptar este honor. Debo regresar a mi reino. En lugar de la princesa, me llevaré al pequeño dragón. Fue como recuerdo y lo convertiré en mi dragón principal de la casa".



26

Al oír esto, la princesa dio un pisotón de indignación y gritó:

"¿Qué, no me quiere?"

Ella luchó contra las lágrimas. Pero entonces cogió la corona, se la puso en su desgredada cabeza rizada y gritó:

"¡Entonces gobernaré solo! ¿Para qué necesito un príncipe?"

El Lord Chambelán asintió con la cabeza y murmuró:

"Bueno, ¿por qué necesitamos a alguien como él? Me tiene, su Majestad".

Perplejo, el viejo rey miró de uno al otro.

Los ministros vieron la corona en la cabeza de la princesa y dijeron:

"¡Y sin embargo nos tiene, Sire!"



27

Desde tiempos inmemoriales, hay reinas que gobiernan solas, se hayan casado o no con un príncipe. Por eso ya no es necesario atribuir nueve cabezas y siete colas a los pequeños dragones.

¿Y el dragón rojo Fu?

Si no ha muerto, sigue viviendo tranquilamente con sus hijos y los hijos de sus hijos en un tranquilo rincón de China.